

El teatro del poder.

Cómo la política se ha convertido en un espectáculo y las ideas en un decorado.

1. La política como representación.

Una parte importante de la práctica política ha dejado de ser un debate de ideas para convertirse en una puesta en escena.

Muchos políticos, más que representantes, se han convertido en actores y muchos ciudadanos en espectadores.

Esta transformación es el resultado de un proceso que ha durado décadas y que ha cambiado nuestra forma de entender la democracia.

El objetivo de este ensayo no es añorar un pasado idealizado, sino tratar de comprender cómo buena parte de la política se ha vaciado de contenido para transformarse en una representación donde lo que importa no es lo que se dice, promete o hace, sino cómo se dice, promete y parece que se hace.

La política siempre ha tenido una componente escénica, pero en los siglos XX y XXI ésta se ha convertido en una parte esencial. La televisión y después las redes sociales han hecho de la política un producto audiovisual en el que las ideas han sido sustituidas por imágenes, a la vez que los ciudadanos asumían más y más el rol de observadores pasivos de un espectáculo que se representa en las pantallas.

Esta transformación no es inocente. Cuando la política se convierte en espectáculo, la democracia se debilita. No porque los ciudadanos sean menos inteligentes, sino porque el sistema les ofrece emociones en lugar de argumentos, identificación en lugar de deliberación y entretenimiento en lugar de participación.

2. El giro teatral de la política. De los discursos memorables a los titulares vacíos.

Hubo un tiempo en que los discursos políticos se memorizaban. La gente recordaba las palabras de Churchill, Kennedy o Martin Luther King. No porque tuvieran buena memoria, sino porque el contenido valía la pena. Los discursos eran argumentos, no eslóganes; eran ideas, no titulares; eran palabras que se fijaban en la memoria porque tenían peso y decían algo que merecía ser recordado.

El discurso de Martin Luther King en el Lincoln Memorial, "*I Have a Dream*", no fue recordado por su puesta en escena, sino por su contenido. Las palabras de Churchill durante la Segunda Guerra Mundial, "*Lucharemos en las playas*", no fueron titulares vacíos, sino una declaración de principios que definieron una época. Los discursos de Kennedy, con su retórica de la "*nueva frontera*", no fueron eslóganes publicitarios, sino una visión de futuro que movilizó a una generación.

Hoy, los discursos se escriben para ser leídos en televisión y se conciben para evocar una imagen, no para transmitir un pensamiento. La frase que se recuerda no es la que mejor argumenta, sino la que mejor se presta a formar parte de un vídeo de 30 segundos. El contenido es secundario, la forma es lo que importa. El político ya no es un orador que presenta ideas, sino un actor que interpreta un papel.

Ronald Reagan es el paradigma de esta transformación. Actor de cine antes de gobernador y presidente, llevó al cargo la lógica del espectáculo. Sus discursos no eran argumentos, eran representaciones que funcionaban. No importaba si sus propuestas eran coherentes, lo relevante era que fueran convincentes.

La práctica política se había convertido en una actuación. Reagan demostró que se podía ser presidente sin tener ideas siempre que se supiera interpretar el papel. Y no es que no tuviera ideas, sino que su éxito dependía de su capacidad para parecer lo que la audiencia quería ver. Su ejemplo fue una lección que aprendieron los políticos de todo el mundo.

Hoy, los políticos no buscan ser recordados por lo que dijeron, sino por cómo lo dijeron. El gesto, la mirada, el tono, la pausa calculada, todo es más importante que el contenido. El político que domina el arte de la representación puede decir cualquier cosa porque lo importante es que parezca auténtico. La autenticidad, en la política espectáculo, no es una cualidad, es una técnica.

3. La televisión, el medio que devoró al mensaje.

La llegada de la televisión cambió la política para siempre. El primer debate televisado entre Kennedy y Nixon en 1960 lo demostró. Quien escuchó el debate por radio pensó que Nixon había ganado, quien lo vio por televisión que había ganado Kennedy. La política dejó de ser solo lo que se decía, para ser también cómo se aparecía.

Marshall McLuhan lo resumió en una frase que ha pasado a la historia: *"El medio es el mensaje"*. La televisión reconfiguró la política. La convirtió en un producto audiovisual y al político en un personaje.

La consecuencia fue que la política se volvió dependiente de la imagen y los políticos dejaron de ser evaluados por sus ideas, para ser valorados por su atractivo y carisma.

La televisión convirtió la política en un concurso de popularidad y el ciudadano, que veía y ve la política a través de la pantalla, aprendió a valorar la imagen por encima del contenido.

4. Los escenarios. Tertulias, debates y cámaras de eco.

Hoy la política no se debate en un solo escenario, sino en muchos. Cada canal tiene su propia tertulia, su propio debate y sus propios tertulianos simpatizantes de uno u otro partido. Los debates se multiplican, se replican y se distorsionan con distintos sesgos y para diferentes públicos.

Y en ese ruido constante, los temas más esenciales (las desigualdades, la vivienda, el cambio climático, la sanidad, la educación, la cultura o las infraestructuras) no suelen ser objeto de atención central.

Este fenómeno responde a una lógica de mercado: los medios necesitan audiencia y ésta se capta con contenido polarizado. La indignación genera clics, el enfrentamiento audiencia y la polémica *engagement*. El resultado es que el debate político adopta la forma de un espectáculo de entretenimiento, donde lo que importa no es la verdad sino la emoción.

Mientras tanto, la ciudadanía se acostumbra a pensar que la política es un espectáculo donde unos ganan y otros pierden, y donde las ideas apenas importan.

5. La emoción como sustituto de la razón.

La política espectáculo no apela a la razón, sino a la emoción. No busca convencer, sino conmover, indignar o entusiasmar. El ciudadano no evalúa propuestas, sino sensaciones.

Los debates electorales adoptan la forma de combates de gladiadores. No importa lo que se diga, sino cómo se diga. El candidato que parezca más seguro, enfadado o cercano gana. La argumentación es secundaria. La actuación es lo que cuenta.

La política se guía por el marketing. Los políticos son marcas, sus programas productos y los votantes consumidores. El contenido del programa es irrelevante, lo que importa es la imagen de marca que se construye con emociones, no con argumentos.

El resultado es que el ciudadano ya no elige entre ideas, sino entre sensaciones. Prefiere al político que le hace sentir mejor, no al que le ofrece soluciones razonables. La política trata de seducir emocionalmente sin recurrir a la deliberación racional.

Esta deriva tiene consecuencias profundas. Cuando la política se basa en la emoción, se vuelve vulnerable a la manipulación. El político que sabe activar las emociones adecuadas puede movilizar a la multitud sin necesidad de ofrecer soluciones reales. La política se transforma en un simple juego de espejos.

6. La banalización del debate parlamentario.

El Parlamento, que debería ser el lugar del debate y la deliberación, se ha convertido en un escenario más. Las sesiones de control al gobierno con frecuencia son teatros de la indignación, lugares de enfrentamiento mediático, en las que apenas se intercambian argumentos.

La "teatrocracia" (término acuñado por el italiano Luciano Violante) ha convertido la política en un ritual que no cambia nada. Los políticos actúan, los medios transmiten y los ciudadanos se decantan por quienes les resultan más simpáticos. Pero mientras el espectáculo se desarrolla, las decisiones reales se toman lejos de la mirada del público.

El Parlamento es el decorado, el escenario donde se contraponen ideas y posiciones. Y la política se ha convertido en una ficción que se representa en las pantallas.

La banalización del debate parlamentario tiene un efecto perverso. El ciudadano percibe que la política es un teatro y pierde la confianza en las instituciones. Esta desconfianza, a su vez, alimenta su cinismo y desinterés. Y el ciudadano que no confía en la política deja de participar, y el que deja de participar, deja de tener voz.

7. La ruptura entre promesa y acción.

Los partidos políticos presentan programas electorales que luego incumplen. La acción de gobierno no está vinculada a lo prometido porque eso solo formaba parte del espectáculo, no del programa real. El programa no era un contrato, era un anuncio.

La consecuencia es que la política se convierte no solo en un acto de ficción, sino de ficción sin consecuencias. El incumplimiento no es una anomalía, es una característica del sistema.

Los políticos pueden prometer lo que quieran porque saben que nadie les va a exigir responsabilidades. Los medios no fiscalizan, solo amplifican y, por lo general, de manera interesada y sesgada.

La falta de control sobre el cumplimiento de los programas es la prueba definitiva de que la política se ha convertido en un espectáculo teatral frívolo. Si el espectáculo no tiene consecuencias, la política deja de ser seria. Y si la política deja de ser seria, la democracia se convierte solo en un simulacro.

8. Recuperar la política como debate de ideas.

La política espectáculo es una amenaza para la democracia.

La democracia no consiste solo en elegir, sino sobre todo en deliberar. Y la deliberación exige argumentos, no emociones. Necesita ciudadanos, no espectadores. Precisa que la promesa electoral tenga consecuencias, que no sea solo un acto de ficción.

Recuperar la política como debate de ideas requiere que los ciudadanos valoren argumentos, que los medios de información fiscalicen la acción política y que los políticos hagan política.

La política ha de ser el espacio donde decidamos nuestro futuro y para ello antes hemos de devolver a las ideas el lugar que les corresponde.